

REPARACIONES

Visto desde 1970, el intento por parte de los aliados de obtener reparaciones de Alemania tenía poco sentido. La idea de que Alemania podía cargar al mismo tiempo, con los costes de la guerra y de la reconstrucción lo tenía aún menos. Sin embargo se contaba en aquel tiempo con amplios precedentes. Alemania había obtenido 5.000 millones de marcos en reparaciones en 1871, sin crear a Francia una gran dificultad. Gran Bretaña había llevado a los ganadores de Waterloo a la obtención de 700 millones de francos de Francia después de 1815. Ahora le tocaba a Francia. Había pagado dos veces y estaba dispuesta recibir.

La historia del intento frustrado de los aliados, especialmente los franceses, de obtener reparaciones de Alemania es conocida y dolorosa. Tiene tres períodos: el primero desde 1919 en Versalles hasta el plan Dawes, en septiembre de 1924; el segundo desde el plan Dawes hasta el plan Young (1924 a 1930); el tercero el corto período de catorce meses desde la iniciación del plan Young, en abril de 1930, hasta la moratoria Hoover, en junio de 1931. A diferencia de las deudas de guerra, de las que Gran Bretaña tuvo que pagar plazos a Estados Unidos en diciembre de 1932 y junio de 1933, las reparaciones estaban a punto de morir en junio de 1931, aunque no fueron declaradas muertas hasta la conferencia de Lausana en junio de 1932. La depresión acabó ciertamente con ellas. Étienne Mantoux, el economista francés que reaccionó con retraso pero con ira a la publicación por Keynes de *Las consecuencias económicas de la paz*, insiste en que la cancelación de las reparaciones del acuerdo de Versalles no era de ninguna forma responsable directa de la depresión. Quizá sea así. Pero la historia de las reparaciones está ligada a los orígenes de la depresión de tantas formas indirectas que deben recordarse sus principales características.

El tratado de Versalles había sido incapaz de fijar una cantidad para las reparaciones alemanas. Cualquier cantidad que se estableciese había parecido demasiado grande a los alemanes (y a los norteamericanos y posiblemente a los británicos), y demasiado pequeña a los franceses. El tratado se limitó a intentar establecer principios generales para el pago en activos extranjeros, en especie (por ejemplo, exportaciones), y en moneda extranjera, creando a su vez un Comité de Reparaciones que estudiase las cantidades en detalle. Este comité decidió una cantidad de 132.000 millones de marcos oro en abril de 1921. Los miembros aliados del comité calcularon que 7.900 millones habían sido hasta entonces pagados con activos, barcos y entregas de mercancías, al tiempo que los alemanes afirmaban que lo pagado ascendía a 20.000 millones. La diferencia en ese momento era de más de 12.000 millones de marcos, que según los alemanes era el valor de las obras públicas en los territorios cedidos. Los franceses rechazaron una propuesta de emplear trabajo alemán para la reconstrucción del Norte, hecha por iniciativa de Loucheur, el comisionado para la

Reconstrucción de las Áreas Devastadas, y elaborada con la cooperación de Walther Rathenau, y que dio lugar a las objeciones del público francés por razones sentimentales, pero también por la reclamación de la industria de la construcción que quería los encargos de obras. Los alemanes, por otro lado, tenían dificultades para pagar las reparaciones en especie, especialmente en carbón, aunque cuando tuvo lugar la huelga de carbón británica en 1926, las exportaciones de carbón aumentaron bruscamente. Los pagos en moneda extranjera y las entregas en especie a Francia disminuyeron en 1922 hasta el punto de que las tropas francesas y belgas entraron en el Ruhr en enero de 1923.

La ocupación del Ruhr no sirvió de nada. Los empresarios alemanes y los trabajadores sabotearon la producción y la distribución en una exhibición masiva de resistencia pasiva o guerra no violenta. Hubo incluso violencia: el 31 de marzo de 1924, sábado de Gloria, una escuadra francesa de soldados que iba a buscar «Krupps» fue «amenazada» por una multitud de trabajadores y al disparar mataron a trece, incluyendo cinco menores, e hirieron a 52. El funeral fue un acto de gran emoción. Durante la ocupación se decía que las molestias eran mayores para las tropas francesas que para la población alemana.²⁰ El gobierno alemán dio subvenciones a la industria y descontó obligaciones a los bancos para mantener la paga de salarios. La inflación existente dio lugar en 1922 a la hiperinflación. Existe algún desacuerdo sobre el momento en que la inflación rápida llegó a ser hiperinflación, para algunos fue en mayo de 1921, después del informe del Comité de Reparaciones, para otros en enero de 1923, con la ocupación franco-belga del Ruhr, y para otros aun en junio de 1922, coincidiendo con tres sucesos altamente negativos: el rechazo del gobierno francés a revisar el calendario de reparaciones de mayo de 1921; el informe de un comité de banqueros, dirigido por J. P. Morgan, que establecía la imposibilidad de conceder un crédito a Alemania mientras las reparaciones no disminuyesen, y, el 22 de junio, el asesinato del ministro de Asuntos Exteriores Walther Rathenau. El tipo de cambio varió desde 275 marcos el dólar en mayo a 370 en junio. En octubre era de 400, y en junio de 1923 era de 16.667. Grigg pensaba que la ocupación del Ruhr era «la causa más directa y efectiva de Hitler, y si no hubiera sido por ella no habría tenido lugar la segunda guerra mundial». La mayoría de los observadores culpaban a la inflación y a la pauperización consiguiente de la dase media más que a la propia ocupación del Ruhr.

Que inevitablemente una llevase a la otra es una pregunta no contestada aún. Pero la hiperinflación tuvo un efecto retrasado al dificultar, después de 1930, la lucha contra la deflación en medio de la depresión. La memoria colectiva de la devastación causada por la inflación proporcionó a los que creían que debía exponerse la economía a los fuegos purificantes de la deflación un almacén inagotable de munición contra los programas de expansión monetaria o fiscal aunque fuesen moderados.²³

En la ocupación del Ruhr, los franceses obtuvieron 128.000 libras en exceso sobre los costes en los primeros cuatro meses de 1923, que se pueden comparar con los 10,5 millones de libras en un período similar de 1922. Un intento británico de mediación que empezó en

mayoría no produjo ningún resultado inmediato. La hiperinflación se aceleró. Sus efectos no gustaban a nadie.

Finalmente en diciembre, británicos, franceses y alemanes llegaron al "acuerdo de nombrar dos comisiones: una sin importancia; excepto en lo que se refiere al amor propio francés, bajo la titularidad de Reginald McKenna, que debía determinar cuánto capital alemán se había expatriado bajo las mismísimas narices de los aliados (y las posibilidades de recuperarlo); la segunda debía considerar las formas de equilibrar el presupuesto alemán, estabilizando la moneda y fijando un nivel nuevo viable de reparaciones anuales. Esta segunda estaba presidida por Charles G. Dawes, el primer director del US Bureau of the Budget (Oficina del Presupuesto de Estados Unidos). Estados Unidos ni siquiera había firmado el tratado de Versalles, ni había ingresado en la Sociedad de Naciones, evitando las intrigas de Europa después de la guerra. Sin embargo, el secretario de Estado, Charles E. Hughes, quería asistir de forma no oficial al intento de solventar el problema de las reparaciones, aunque insistía en que dichas reparaciones no tenían ninguna relación con las deudas de los aliados con los Estados Unidos. Con Dawes, un republicano, había un abogado demócrata ejecutivo de corporaciones, Owen D. Young, y algunos ayudantes procedentes del mundo académico y bancario. Los personajes destacados de las comisiones fueron Young y sir Josiah Stamp (más tarde lord) de la delegación británica. Los banqueros de J. P. Morgan, que en última instancia gestionarían el crédito Dawes, tenían grandes reservas sobre el buen criterio del plan.

El plan Dawes implicaba un calendario de pagos anuales que empezaban en la cantidad de 1.000 millones de marcos de oro en el primer año y se elevaban hasta 2.500 millones en el quinto, variando en cierta medida en relación a los cambios habidos en la prosperidad mundial (si los precios del oro aumentaban o disminuían en más del 10 por 100). Se crearía una agencia de reparaciones en Berlín, para vigilar la recogida de las cantidades necesarias en marcos, y para intervenir cuando fuese necesario posponer los pagos en caso de grandes dificultades de transferencia. Iba a crearse también un crédito de 800 millones de marcos en diversas capitales financieras, en base al colateral de obligaciones de los ferrocarriles alemanes. Este último elemento iba destinado a satisfacer a Poincaré, quien había pedido continuamente *gages productifs* en forma de minas, bosques, plantas industriales y otras por el estilo.

El préstamo desempeñó un papel fatídico. Se vendieron en Nueva York 110 millones de dólares del mismo y fueron suscritos por la banca Morgan. Fueron suscritos de nuevo más de diez veces. Esto fue, más que cualquier otra cosa, la chispa que desató el crédito neoyorquino, primero a Alemania, y después a América latina y a la mayor parte de Europa. Una idea de la exuberancia de este préstamo norteamericano hacia Latinoamérica en estos años la proporciona la expresión que lo caracterizó en los países latinoamericanos: «la danza de los millones».

Un éxito inicial de un crédito concedido con fines políticos relacionados con las reparaciones había sido seguido, en ocasiones anteriores, por un aumento de los créditos al extranjero. En los acuerdos posteriores a Waterloo, las reparaciones francesas se pagaron

mediante el descuento de las *rentes* a través de los Baring Brothers de Londres. El éxito de este mecanismo estimuló al crédito británico hacia el extranjero en la década de 1820. La indemnización francesa a Alemania después de la guerra franco-prusiana se elevó a la cantidad de 3.500 millones de francos por medio de la famosa *rente* de Thiers, emitida a un descuento sustancial» Esto reportó grandes beneficios a los bancos comerciales franceses, *banques d'affaires*, y a los individuales privados, y desvió la atención de los inversores desde la industria hacia la especulación en bonos, lo que incluía bonos extranjeros, hasta el comienzo de la primera guerra mundial. Las reparaciones pueden no haber sido directamente las responsables de la depresión; tal como Mantoux afirma, pero conjuntamente con las deudas de guerra complicaron y corrompieron la economía internacional a todo nivel durante la década de 1920 y durante la depresión hasta el 15 de junio de 1933, tres días después de la apertura de la Conferencia Económica Mundial. La brillante polémica de Keynes en *Las consecuencias económicas de la paz* podía inducir a error en algunos aspectos: era tautológica en su suposición de que si a los alemanes se les daban argumentos razonables demostrando que no podían pagar, no pagarían; y apoyaba en gran medida a los aislacionistas norteamericanos en sus ataques al presidente Wilson como un inválido incompetente; pero seguramente tenía razón al pensar que era útil cancelar las deudas de guerra, fijar una cantidad pequeña a modo de reparaciones, de unos 10.000 millones, y eliminar este problema de la agenda internacional.

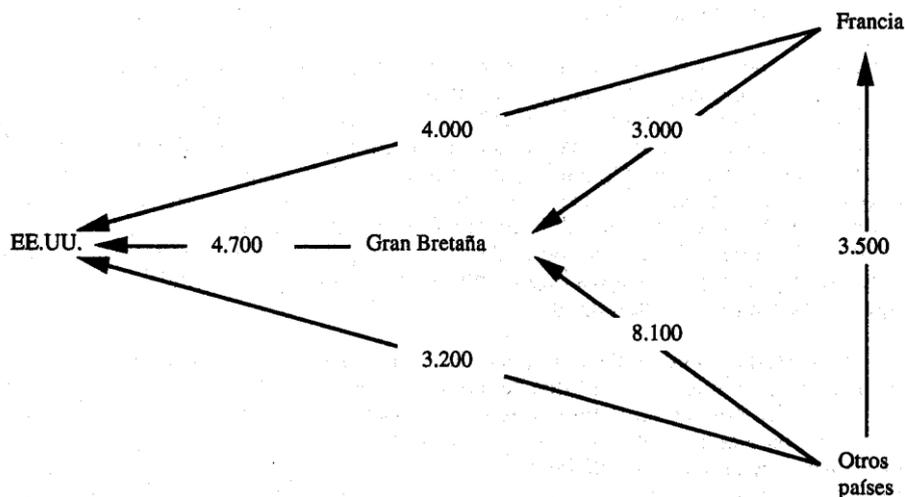
DEUDAS DE GUERRA

Las reparaciones y las deudas de guerra iban asociadas en la mentalidad de franceses, británicos, italianos y belgas, pero no en la de los norteamericanos que las separaban «con una obstinación digna de la mejor causa». Los Estados Unidos rehusaban aceptar reparaciones de Alemania. Deseaban recuperar los créditos de guerra y los adelantos concedidos a los aliados por la asistencia en el período de guerra anterior al armisticio y por el trigo, algodón y otros suministros similares —que implicaban sumas menores— después del mismo. Los norteamericanos se oponían a mezclar cuestiones políticas y económicas, pero concedían créditos por medio de Wall Street a países que no habían satisfecho ni ratificado sus deudas anteriores con los Estados Unidos. Las obligaciones de guerra entre los aliados europeos involucraban cantidades menores, de las que era sustancialmente acreedora Gran Bretaña de Francia, Italia, y —en menor medida— de Rusia; Francia de Bélgica, Yugoslavia y así sucesivamente. Un diagrama esquemático con las cifras dadas en dólares lo proporciona Sauvy, pero incluye las cantidades que Rusia debía a Gran Bretaña y Francia (2.500 y 900 millones de dólares respectivamente).

La sugerencia británica sobre cancelación de deudas de guerra, avanzada originalmente en el libro de Keynes, fue adelantada en una serie de intercambios formales en 1920 que finalizaron en las cartas intercambiadas entre Lloyd George y el presidente Wilson, y especialmente en la nota de Balfour de 1 de agosto de 1922 dirigida a los otros aliados. Esta última afirmaba que mientras los Estados Unidos insistiesen en obtener el pago de las deudas

de guerra; los británicos no tenían otra elección que la de conseguir el pago de las deudas que se les debían, pero que lo exigirían sólo hasta el monto de la deuda británica con los Estados Unidos. La política francesa era de «comercializar» las reparaciones o sea hacer que los alemanes pidiesen créditos en Nueva York y usasen este dinero para pagar sus obligaciones a Francia.

El triangulo de deudas interaliadas al finalizar la Primera Guerra Mundial
millones de dólares



Fuente: A. SAUVY, *Histoire économique de la France*, vol. I, Fayard, 1918-1931, p.169

Este tipo de «reciclaje» ha sido emprendido automáticamente por los mercados financieros en distintas ocasiones; antes de este momento, en relación con la *rente* de Thiers para obtener el dinero necesario para pagar las indemnizaciones francesas a Prusia después de la guerra de 1870-1871, y concluida la segunda guerra mundial, cuando la Organización de los Países Exportadores de Petróleo (OPEP), después de elevar el precio del petróleo en 1973 y 1979, ingresó sus grandes beneficios en bancos europeos para conceder créditos a los importadores de petróleo. Pero nadie en Estados Unidos tenía ningún tipo de interés en la sustitución de un crédito comercial y con riesgos a un país pobre, Alemania, por una obligación gubernamental de Francia, que, según se afirmaba, podía obtenerse. La política de Estados Unidos se replanteó muchas veces. Estaban preparados á negociar, pero insistían en hacerlo de uno en uno, solventando los problemas de forma separada y teniendo en cuenta las capacidades de pago.- La rama ejecutiva del gobierno no tenía capacidad para cancelar ninguna obligación; esto era una cuestión del Congreso. Con la legislación aprobada el 9 de

febrero de 1922, aunque no estrictamente en conformidad con ella, Estados Unidos alcanzó acuerdos sobre liquidación de deudas con trece países en total, empezando por Finlandia y Gran Bretaña en 1923 y acabando con Francia y Yugoslavia en 1926.

Un arreglo típico, el del 19 de junio de 1923 entre Estados Unidos y Gran Bretaña, disponía pagos durante 62 años con un interés del 3 por 100 en los primeros diez años y del 3,50 por 100 los siguientes. El principal se componía de las cantidades realmente adelantadas, más un interés del 4,50 por 100 hasta la "fecha del arreglo, más y menos ciertos ajustes ulteriores. En los arreglos con Francia, Italia y Yugoslavia se cargaron unos tipos de interés considerablemente inferiores, en función de su menor capacidad de pago. Éstos fueron, por término medio, el 1,6 por 100, el 0,4 por 100 y el 1 por 100 respectivamente.

Al igual que las reparaciones, las deudas de guerra exacerbaban las relaciones económicas internacionales durante la década de los veinte y la depresión. Estados Unidos, por ejemplo, intentó introducir otras consideraciones económicas, tales como el acceso al mercado de capitales de Nueva York, como medio de presionar a fin de obtener el pago de la deuda, y utilizar ésta para conseguir otros fines económicos, tales como la estabilización de la libra en 1932.

Las deudas de guerra, conjuntamente con las reparaciones, crearon un problema de transferencias, y de aquí que se convirtiesen en, un aspecto de la política comercial. Tenían que ser incluidas en los presupuestos de los deudores, y a veces eran necesarias para equilibrar el presupuesto de los acreedores. Estados Unidos preveía pagar una remuneración extra a los veteranos de guerra con lo que obtuvieran de ellas. Como una muela que duele, las deudas de guerra distraían la atención de los principales problemas.

Charles P. Kindleberger, *La crisis económica 1929-1939*, pp. 39-49.